

trabajos llegó á la cumbre de una alta montaña desde la cual podia verse los dos mares. La configuracion de las costas de la California se desplegaba á los ojos con toda su majestad (1)."

La California, no obstante, era tan poco conocida, los recursos que ofrecia eran apreciados de una manera tan vaga, que el infatigable padre Knio no abandonaba sus proyectos de exploracion á fin de extimular el celo del gabinete de Madrid y el interés del virey de México. Todo estaba por hacer bajo el punto de vista topográfico, puesto que se habian perdido los apreciables trabajos de Vizcaino, y se ignoraba, á pesar de los descubrimientos del padre Piccolo, si esa region estaba unida al continente por alguna parte. Durante dos expediciones que se hicieron de 1700 á 1701, el intrépido misionero obtuvo en fin la solucion de ese gran problema. Acompañado siempre de su fiel asociado, caminó por sendas casi impracticables hasta el fondo del golfo, y pudo ver por medio de un telescopio, en la altura de una montaña, al Colorado, cuya corriente undulante iba á pasar al mar. Mas tarde, en union del padre Salvatierra, se dirigió hácia el Norte. El 19 de Marzo de 1701 ascendieron á una montaña y descubrieron el mar con la simple vista natural, la costa opuesta del golfo y las montañas de la California; parecia, pues, que se tenia certeza. Los atrevidos exploradores querian tener la mayor y al

1 "Universo pintoresco." California, por Ferdinand Denis.

efecto subieron á otra montaña (á los 32° , 35') desde la cual percibieron distintamente la cordillera de la California, y por último las serranías del Mescal y de Azul.

CAPITULO XII.

EL PADRE UGARTE.

El padre Ugarte, y su compañero el padre Salvatierra, continuaban luchando en Loreto con vigor y resultado contra las dificultades de todo género que los rodeaban; el padre Juan María envió desde luego al padre Piccolo á Nueva España, después á S. Javier; el padre Ugarte se dedicaba á estudiar la lengua indígena á fin de ayudar al padre Salvatierra. El capitán Garcí de Mendoza esperaba impaciente la llegada de una orden de México que le eximiese de la autoridad de los padres, pero tal orden no llegó. Por lo mismo continuó la opresion contra los indios, y en consecuencia los funestos trabajos que se les imponian para la pesca de perlas. Tutores de esos pueblos en la infancia, los padres los protegian, contra las inicuas torturas de que eran víctimas, con heroica firmeza. D. Garcí no encontró otro medio que el de abandonar su empleo y embarcarse; pero el

sucesor que nombró el padre Juan María no correspondió tampoco á las esperanzas que de él se tenían.

Los indios de Viggebiaundo, excitados por sus sacerdotes y adivinos, se precipitaron un día á la habitacion del padre Piccolo con intencion de asesinarle. Un furor fanático los animaba. Afortunadamente el misionero habia salido, mas los indios demolieron la habitacion y la capilla haciendo pedazos los muebles y los ornamentos de iglesia. La corta guarnicion que habia permanecido fiel fué impotente para impedir el atentado, pero quiso vengarlo. D. Isidoro de Figueroa, sucesor de Mendoza, se puso á la cabeza de su poca tropa que no necesitó mas que presentarse para poner en fuga inmediatamente á los indios sediciosos. Los soldados querian perseguirlos, pero el capitán, que sin duda no los habia rechazado sino á mas no poder, se opuso á que fuesen alcanzados. Los soldados, indignados, se dieron otro jefe, D. Esteban Rodriguez Lorenzo, portugués, que desempeñó este cargo con honor hasta 1740.

Los indígenas no tardaron en abandonar el país; privados de sus servicios, los soldados querian volverlos á traer, pero el padre Ugarte se rehusó á ello por compasion á los indios, y resolvió quedarse solo entre aquellos salvajes protegido solo por la Providencia. A la entrada de la noche un niño indígena pasó á espiar el campo del misionero; el padre Ugarte le vió, le atrajo con dulzura y le encargó dijese á sus compatriotas que los soldados habian marchado.

Con esta noticia volvieron en efecto, poco á poco, hasta que todos ellos se encontraron otra vez con el misionero.

No podria hacerse una pintura exacta de todo lo que tuvo que sufrir ese hombre incomparable en medio de pueblos tan groseros como incultos.

El padre Pedro Ugarte era á la vez arquitecto, (1) inspector, carpintero, albañil, peon. No obstante, su ejemplo bastaba apenas para estimular la pereza de los salvajes. Araba la tierra, hendia las rocas, cavaba las barrancas para proporcionar lecho á las aguas de los rios é imprimia direccion á estos; conducia, por último, las bestias á los puntos de pastos y al abrevadero. El 9 de Junio escribia á D. José de Miranda: "Hace ya dos meses que los nuestros comen buen pan que hemos hecho con el trigo que cosechamos, en tanto que los pobres se mueren de hambre en la costa de Sinaloa y de Sonora. ¡Quién hubiera jamás pensado en semejante cosa! Limitados y estúpidos los salvajes, no comprenden por qué el misionero se toma tantos trabajos. En vez de ayudar y de animarse con su ejemplo á emprender trabajos útiles, huyen á esconderse en los bosques y ven trabajar con aire burlon é indiferente."

Llegaba á veces hasta el extremo de conspirar contra la vida del misionero. Este oponia

1 El padre Ugarte trasplantó á la costa de S. Miguel casi todos los árboles propios de la Nueva España.

solo la paciencia y procuraba atraerse á unos por medio de la dulzura, imponiendo respeto á otros por medio de la gravedad: procuraba no sobrecargarlos de trabajo, y por lo mismo podía decir como verdadero discípulo de S. Pablo: "Nos hemos hecho pequeños por vosotros, como una nodriza llena de ternura por el infante que cria á sus pechos."

Por la tarde cesaba el trabajo y el buen padre reunia á los indios para orar; rezaban el rosario y en seguida les predicaba un corto sermón; pero contaba con un indócil auditorio que remedaba sus acciones y se burlaba de sus bellas exhortaciones. Al principio los dejaba obrar esperando que pronto cesarian esas malas disposiciones; mas no fué así. El padre recurrió entonces á un medio muy eficaz. Entre los indios habia uno de talla elevada y de un vigor extraordinario; precisamente este nuevo Goliat era uno de los perturbadores. Una tarde, viéndole el padre Ugarte reirse y tratar de hacer reir á los demás, le asió de los cabellos, le levantó y le sacudió de tal manera, que todo el concurso, penetrado de miedo, huyó. Es de advertir que el padre Ugarte era tambien corpulento y de gran fuerza. Al dia siguiente ya se presentaron con timidez y no en masa, sino unos después de otros. El padre les habló en términos tan enérgicos que no volvieron jamás á traspasar los límites del respeto.

Conociendo además que las faltas en la pronunciacion era lo que excitaba la hilaridad de

los salvajes, trató de corregirlas y bien pronto lo consiguió.

Era preciso valerse de mil estratagemas para habituar á los salvajes al trabajo. Unas veces apostaba el padre con ellos quien arrancaria mas pronto un árbol; otras ofrecia recompensas á los que acarreasen mas tierra para la fabricacion de adobes. Los desafiaba á que apretasen la tierra arcillosa y la macizasen pisando sobre ella. Al efecto se quitaba sus sandalias y comenzaba á apretar la arcilla; los muchachos, animados con su ejemplo, se ponian á saltar sobre la tierra así preparada, cantando y dando señales de animacion, permaneciendo en esta ocupacion hasta la hora de comer. Solo así pudo lograr construir una pequeña capilla.

Pero era preciso darles, no solo habitacion, sino tambien vestido: para esto se necesitaban telas, lanas, y no podian obtenerse sin contar con ganado. El padre Ugarte se ocupó de proveer á esta falta haciendo venir ganados que se multiplicaron después bastante. Como es fácil suponer, los salvajes ignoraban completamente el arte de hilar y de tejer; el padre hizo venir de Tepic un tejedor aleman con sueldo de 500 pesos anuales. El mismo padre se constituyó maestro de los indígenas fabricando husos, tejederas y ruedas, hasta que los indios estuvieron provistos de estos utensilios ó que pudieron fabricarlos por sí mismos. Por su parte, el tejedor Antonio Morand hizo varias telas que, aunque toscas, causaban admiracion á los sal-

vajes, si bien mostraban al principio cierta repugnancia para usarlas.

Bien pronto el ejercicio de esta industria se hizo un punto de sentimiento nacional digno de elogio; se lograba por su medio emanciparse del tributo que se pagaba á la industria extranjera, inspirando al mismo tiempo en los indígenas el amor al trabajo útil.

En 1701, habiéndose agotado las provisiones en Loreto, el padre Piccolo fué en solicitud de ellas á las costas de Nueva España. Se esforzó por pintar á las audiencias de Guadalajara y México el triste estado y las grandes necesidades que padecía la colonia. Los padres Pedro Ugarte y Salvatierra permanecieron en el pueblo soportando grandes privaciones.

Citaremos un pasaje de un misionero que refiere el abate de la Porte: (El Viajero francés, tom. X, pág. 446:) habla del padre Ugarte, tan fuerte y enérgico, como bueno, y que sabia emplear con el mayor acierto esas cualidades segun lo requerian las circunstancias. "Se le dió aviso de que una mujer cristiana estaba moribunda; al punto acudió y se encontró con que un adivino que llegó antes que él administraba sus medicinas á la enferma. El padre le despidió de allí reprendiendo á los parientes por su debilidad. Confesó en seguida á la mujer y no la dejó hasta la muerte. Algunos dias después supo que la familia de la difunta habia matado al adivino; el jesuita se indignó y los reprendió agriamente. Irritados los indígenas á su vez, quisieron tambien matarle. En vista de

esto se encaró el padre con los jefes del complot, y mostrándoles un mosquete viejo y enmohecido les amenazó con exterminarles si persistian en ejecutar su designio. Con solo esto se atemorizaron, de manera que emprendieron la fuga y ninguno de ellos durmió esa noche en su cabaña."

En 1702 arribó un buque cargado de provisiones, pero este socorro no duró mucho por el exceso de liberalidad con que el padre las distribuyó. La caridad que recoge debe ser prudente, y la que distribuye debe serlo tal vez menos. En este punto se viene á la memoria el pasaje de aquellos monjes de S. German que murmuraban cuando su santo abad distribuyó á los pobres todas las provisiones del monasterio, pero que cesaron en sus murmuraciones cuando vieron llegar incontinenti una gran canasta de pan que enviaba una piadosa señora de la vecindad; pero no sucedió así con la colonia. Bien pronto comenzaron de nuevo las escaseces y las privaciones; no quebaba mas que una embarcacion que necesitaba reposiciones y que además no podia ponerse en marcha á causa de los vientos y del mal tiempo.

Conmueve ciertamente la relacion de los medios caritativos é ingeniosos de que se valia el padre Ugarte para evitar que los desgraciados colonos pereciesen de hambre. Se ponía á la cabeza de ellos y emprendia la pesca, ó recorria los bosques en busca de caza y las montañas para recojer yerbas y arbustos de toda especie. Para colmo de males una circunstan-

cia inesperada, un verdadero caso fortuito vino á determinar la sublevacion de los indios. Sucedió que un soldado se casó con una indígena, mas esta lo dejó furtivamente para ir á danzar con sus compañeras. El marido empleó alguna violencia para recobrar á su mujer; se suscitó una querrela, y un indio anciano fué víctima en ella; el soldado fué tambien muerto, y á esto se siguió una colision que acarreó mil desastres. (1) Entre tanto no se tenia noticia alguna del padre Piccolo. Este infatigable sosten de la colonia se habia trasladado á Guadaluajara en donde acababan de publicarse unas reales disposiciones asignando seis mil pesos para la conservacion de la conquista. La audiencia exigió una relacion circunstanciada de los hechos y de todo lo acontecido. El padre Piccolo se puso á hacerla, y presentó una memoria, su fecha, 19 de Febrero de 1702, que fué impresa en México. Se requerian aun nuevos trámites y una memoria especial del padre Romano para obtener definitivamente la pension de los seis mil pesos. El padre Piccolo distribuyó una parte de esta cantidad entre sus colegas. El marqués de Villa Puente, movido al ver tanta abnegacion, quiso fundar tres misiones, y D. Luis de Arteaga y su mujer otra cuarta. Los padres Juan Manuel de Bassaldua y Jerónimo Minutili fueron designados, el uno para quedarse en Loreto con el padre Salvatierra, y el otro

(1) La cosecha del maíz que el padre Ugarte habia sembrado fué destruida.

en S. Javier con el padre Piccolo, á fin de ejercitar las funciones de su ministerio. Estos esfuerzos espirituales encendieron mas el celo del padre Juan María, al paso que los socorros pecuniarios reanimaron á los pobres indios y habitantes de S. Javier: corrieron todos á encontrar al padre Piccolo, á quien daban gracias con efusion por su expedicion apóstolica.

El padre Pedro Ugarte emprendió nuevas correrias á fin de proporcionar ganado é instrumentos de labranza. "El amor no se cansa en los grandes trabajos, el amor es vigilante, no duerme aun en el sueño mismo; el que ama corre, vuela, es libre, nada le detiene." (Imitacion de Jesucristo, lib. 3.^o cap. V.)

En 1703 el padre Salvatierra, después de muchas excursiones solo y á pié, se juntó con un capitán, muchos soldados y californios y se reunió con los padres Piccolo y Bassaldua; pasaron á reconocer la costa occidental que recorrieron sin descubrir ni un solo puerto; encontraron, sí, tierras cultivables aunque sin agua. Se dirigieron hácia el Mediodía y encontraron algunos indígenas, hombres y mujeres, que huyeron á la vista de los exploradores, mientras que otras tribus se acercan y son mas tratables.

Este es el lugar oportuno para refutar una injuriosa observacion de Robertson, repetida después de él por escritores ignorantes ó mal intencionados: "Para impedir que la corte de España concibiese celos por sus operaciones, dice, los padres habian tenido la idea de dar malos informes acerca del país. Segun ellos

“el clima era tan mal sano, y el terreno tan estéril, que solo el celo por la conversion de los indios, pudo haberles decidido á establecerse allí.” (1)

El error de este historiador puede provenir de la confusion que hace de la Antigua y Nueva California; es cierto, por una parte, que la Antigua California es una comarca árida en su suelo como en su atmósfera, por donde ningun rio corre, en donde apenas se encuentra de cuando en cuando un ligero hilo de agua, digámoslo así, que en su mayor parte se agota pronto; en donde la vegetacion, contenida casi por todas partes por lo pedregoso del terreno, no produce sino escasamente, siendo por lo mismo muy cortos y precarios los recursos que suministra. Esto lo dicen hoy los viajeros.

M. de Humboldt, que visitó la California y las misiones, dice: “Los establecimientos de los jesuitas dieron ocasion para conocer la grande esterilidad de la California y la dificultad de cultivarla.” M. Duflot de Mofras dice tambien: “No se encuentra ningun rio en el país, apenas se hallarán cortos arroyos; su esterilidad, por lo mismo, es extremada.” (2) Y poco mas adelante agrega: “El reino vegetal, en un país tan árido como la California, no ofrece grandes recursos.” (3) M. Ferdinand Denis confirma ese testimonio en las siguientes líneas, ha-

1 Historia de la América, pag. 109, tom. IV.

2 Exploracion del Oregon, tom. 1.º pag. 239.

3 Idem, pag. 240.

blando de la California: “No obstante su extrema aridez y la absoluta falta de aguas corrientes y abundantes; (1) sobre todo, hablamos de la Antigua California, principal teatro de los trabajos apostólicos de los misioneros. Es bien sabido que la Nueva es mucho mas fértil y bella.”

Por el mes de Mayo, y caminando hácia el Norte no lejos de la bahía de la Concepcion, una gran tribu de indígenas armó sus flechas como provocando un combate. El padre Ugarte se dirigió á ellos con algunos intérpretes californios, fué cordialmente recibido, y luego que adquirió algunas noticias, creyó conveniente diferir su exploracion para mejor ocasion.

Hácia el año de 1703 los descontentos de las colonias de S. Javier y otras, asesinaron en una noche á todos los catecúmenos y adultos que no pudieron retirarse con la guarnicion. El jefe de la expedicion habia fracasado en sus tentativas de asesinato contra los misioneros y los soldados. Poseido de furor destruyó tambien la capilla degollando á los pobres catecúmenos; favorecido por las rocas y los precipicios, ese miserable logró escapar. Pero el capitán, resuelto á poner fin á las sediciones, amenazó á los indígenas de S. Javier con perseguirlos sin misericordia si no le entregaban aquel jefe. Al cabo de algunos dias fué entregado en efecto. En vano imploró gracia para él el padre Piccolo, el capitán le condenó á muerte. Mas ya que el

1 “Las Californias” por Mr. Ferdinand Denis,

santo jesuita no pudo salvarle la vida del cuerpo, le salvó la del alma, porque movido el jefe indio por la tierna caridad del misionero llegó á desear su muerte como una expiacion, y exhortó á sus camaradas á que se mostrasen en lo de adelante sumisos, fieles y reconocidos.

Las expediciones para la pesca de perlas tenían un caracter de codicia y de violencia que servian de grande obstáculo para la conversion de los indígenas. Se prohibió ese tráfico sin permiso del gobierno; á pesar de la prohibicion, dos buques intentaron hacerla y se dirigieron á las islas, pero les cogió una tempestad que les hizo naufragar en la bahía de S. Dionisio. Solo pudieron salvarse catorce hombres refugiados en una chalupa; fueron recogidos, asistidos y mantenidos hasta que hechas las reparaciones necesarias en la embarcacion se puso en estado de darse á la vela. Esta obra de caridad agotó las escasas provisiones que el padre Piccolo habia hecho venir de Hiaqui.

Los intereses espirituales y temporales de la mision de S. José determinaron á anexarla á la de la California. Al efecto, el padre Piccolo emprendió nuevo viaje á las costas opuestas para procurar nuevas provisiones para la guarnicion; pero ¡ah! este viaje fué inútil. El padre Bassaldua se habia dirigido al mismo tiempo á Mantachel, Guadalajara y México, con el fin de llamar la atencion del gobierno y despertar su interés hácia el estado de las colonias, pero su esperanza salió fallida.

En 1703 los padres Rolendigui y Nicolás de

Vera, enviados á Roma y Madrid en calidad de agentes de México, expusieron en un memorial á Felipe V las medidas que en su opinion debieran adoptarse para salvar y sostener las misiones. El celo del rey no se desmintió, pero las reales órdenes no fueron ejecutadas. Seria muy largo referir las muchas decepciones que experimentaron los excelentes misioneros, y no puede menos que sorprender su incansable perseverancia para proseguir su intento arrojando toda clase de disgustos solo por la salud y civilizacion de los pobres salvajes. Por muy ardientes que sean la pasiones humanas llegan á entibiarse y aun á desaparecer, pero las pasiones que el cielo inspira, tienen algo de infinito; así, solo la dulce resignacion y la tierna caridad de los padres pudieron conservar la guarnicion á pesar del estado extremo á que habia llegado. El mal tiempo impedia que llegaran las embarcaciones que debian llevar los víveres. En tan terrible situacion, se vió uno de aquellos actos de abnegacion mutua que pasma. Los padres Ugarte, Piccolo y Bassaldua estaban ausentes; se ofreció á los indios la libertad de embarcarse en los buques que partian para Nueva España pero ellos exclamaron: ¡Mil veces morir con nuestros padres! (los misioneros.)

Se viene á la memoria el pasaje de Ruth cuando decia á Noemí: "No me habéis de dejaros, porque yo iré donde quiera que vayais, y habitaré en donde quiera que habitareis; la tierra en que murais, me verá tambien morir." (1)

1. Ruth, vers. 15 y 16.

El padre Juan María escribía en estos términos á uno de sus hermanos: "A pesar de cualesquiera riesgos permaneceré aquí sin soldados, y estoy persuadido de que el padre Pedro Ugarte seguirá mi ejemplo."

Crejó, no obstante, deber manifestar á sus hermanos la poca esperanza que quedaba de socorro y sosten á la colonia. Los padres Juan Manuel y Francisco Piccolo declararon que nada les haría abandonar el país. El padre Juan se dedicó á procurar sustento á los indígenas mientras llegaban las provisiones. Recorrió bosques y montañas, á veces solo, otras acompañado de algunos soldados y prosélitos á fin de cojer frutas y raíces que pudiesen servir de alimento á la guarnición. Fueron secundados por los indios de S. Javier y de S. Juan de Londó, que se tuvieron por felices con probar en esta ocasion su fidelidad. Piadosa y conmovedora emulacion entre los padres y los hijos!

Por último, los padres Salvatierra y Pedro Ugarte fueron á reconocer el canton de Liguí ó Malabat, á fin de establecer en el Mediodía de Loreto otra mision. Repentinamente recibieron una descarga de flechas que hicieron llover sobre ellos los indios ocultos en una emboscada. El soldado Javier Valenzuela disparó su mosquete con el fin de espantarlos; lo logró, porque los indios cayeron desde luego en tierra, y después se levantaron tomando el partido de aguardar pacíficamente á sus huespedes.

Entonces el padre Salvatierra trató de inspi-

rarles confianza; los abrazó y les prometió dejarles allí á su compañero el padre Pedro Ugarte, nuevamente desembarcado, que les enseñaría el camino del cielo. Era de ver el gozo y contento que se apoderó de los salvajes á estas palabras; al punto corrieron á traer á sus mujeres y sus hijos. El padre, que tenia precision de partir, bautizó á los niños y recibió promesa de que los indígenas se reunirían con él en Loreto.

No seria posible referir aquí todos los viajes, ni reasumir toda la correspondencia del padre Salvatierra. Por todas partes trabajos y fatigas que serian verdaderamente insoportables, si pudiera haber alguna cosa insoportable para el ardor de esos hombres apostólicos abrasados del amor de Dios y ansiosos del bien de las almas. Para ellos no habia calor ni frio, puesto que todo lo soportaban igualmente; se verificaba en ellos el admirable pensamiento de S. Agustin: "Donde hay amor, no hay trabajos, ó si los hay, son gratos." (1)

1 "Ubi amatur, non laboratur."